



DOS MUERTOS VIVOS

I.

TESTIGO, JUEZ Y VERDUGO.

CERRAD bien las puertas, de modo que no podáis ser sorprendidos por la presencia de algún indiscreto; cerrad las cortinas, de manera que corten el paso á las miradas sorprendentes con que la curiosidad de los importunos pueda espiaros. ¡Qué diablo!... No estáis de humor de que os vean, de que os oigan ni de que os entiendan, porque os halláis en un momento particular de vuestra vida, en el que, si estuviera en vuestra mano, borraríais el nombre con que se os conoce, de la memoria de las gentes; momentos singularísimos en que, sin dejar de ser el mismo, quisierais ser otro... ¡Oh! ¡si en ese instante el mundo fuese sordo, mudo y ciego!

No todas las cosas se pueden hacer en medio de la calle, *coram populo*, porque no todas las

:

gentes tienen bastante discreción para juzgar las acciones ajenas; hay todavía en el mundo muchas preocupaciones, y entregarse así, sin más ni menos, al juicio de unos y de otros, equivale á dejarse despedazar vivo por los diferentes garfios de las lenguas desocupadas.

Vichott nos asegura que el crimen no es más que un producto químico, como el azúcar ó el vitriolo; pero, á pesar de la autoridad de este filósofo, el crimen continúa siendo crimen, y, por lo visto, una de sus cualidades químicas es producir horror, y cate V. aquí al infeliz culpable, víctima de la animadversión del público horrorizado.

Y no es esta la más negra, sino que las leyes, que ignoran hasta los más elementales rudimentos de la química, gritan á su vez: «crimen,» «crimen,» y la policía, que alguna vez sirve para algo, se ve en la necesidad física de abrir los ojos, y, busca por aquí, busca por allí, tropieza con el delincuente y le pone la mano en el hombro, con la familiaridad del que descubre á un antiguo camarada. No es cosa de abandonar á aquel amigo encontrado manos á boca, y se le da albergue en la cárcel. Es un acto de hospitalidad que cualquiera rehusaría, aun á riesgo de dormir á la intemperie; pero ¿quién se resiste á tantas instancias?

Detrás de la cárcel está el proceso, proceso

tal vez interminable, mas al fin proceso; más allá se dibuja una sentencia, que se lee al reo una vez, dos veces, tres veces, según el censo de los trámites, y al fin el huésped sale de la cárcel casi como un rey, con escolta que lo acompaña á un nuevo hospedaje. Allí encuentra nuevos amigos, con quienes pasa algunos años de su vida, que, sea como quiera, le ayudan al fin á llevar la carga, mientras no hay ventana por donde descolgarse, ó una tronera en el muro por donde evadirse, que suele haberlas, en cuyo caso se desliza con el mayor sigilo para no despertar á los compañeros, porque aun cuando no duermen el sueño de la inocencia, toda despedida es triste, y ¡quién sabe! la ausencia puede ser corta; pero ¡ay! también puede ser muy larga.

Á estas amarguras se expone el hombre que no cierra bien las puertas y no corre cautelosamente las cortinas, cuando tiene razones particulares para huir de las miradas indiscretas y de los oídos imprudentes.

La mayor parte de los criminales encerrados en los presidios, que no son por cierto todos los que debieran estar, manifiestan cierta resignación con lo que ellos llaman su suerte. Bajan la cabeza ante el castigo, porque se reconocen culpables de un delito que ciertamente no les ha tomado en cuenta el Código penal. Se consideran criminales en cuanto han sido torpes. Pues no

han cerrado bien las puertas, no han corrido discretamente las cortinas, y han sido descubiertos. He ahí todo.

Allá en el fondo de sus encierros, bajo el sombrío techo que los cubre, entre el rechinar de las cadenas que los sujetan, meditan nuevos crímenes, sin duda alguna; pero, entendámonos, crímenes en los que no dejará rastro alguno la mano que ha de ejecutarlos. Así salen los criminales de los presidios, corregidos, más aún, perfeccionados; no menos perversos, pero en cambio más cautos.

Después de todo, han caído en la cuenta de que el criminal que consigue eludir ciertas intimidaciones con la justicia, es al fin y al cabo un ciudadano como otro cualquiera. El crimen, á sus ojos, viene á ser un acto de habilidad, que tiene sus contingencias, no tantas como la lotería, y una vez asegurada la impunidad, échele V. un galgo.

La cuestión, pues, queda reducida á cerrar bien las puertas y á correr cuidadosamente las cortinas, de modo que nada se vea y nada se oiga, que no haya ojos que espíen, ni oídos que escuchen, ni lenguas que hablen. La justicia humana es casi ciega, y no ve más que por los ojos de los testigos, y el secreto consiste en que no tenga testigos á qué agarrarse.

Muy bien: aquí tenemos un crimen consu-

mado con todas las reglas del arte, obra perfecta de maldad y de astucia. Ningún ojo humano ha penetrado en el secreto del delito, y el criminal mismo se horroriza ante el espectáculo de su propia obra con toda la naturalidad de la inocencia. No hay un testigo que lo descubra, ni una sospecha que lo denuncie; y escondido, puede decirse así, en la caverna de su alma, celebra el triunfo de su maldad y se ríe del mundo.

Sin embargo, ¡qué capricho!... no duerme tranquilo, se le aparecen durante el sueño terribles visiones, y se despierta, á lo mejor, agitado bajo el influjo de vagos temores. ¿Por qué?... Las puertas estaban bien cerradas, las cortinas perfectamente corridas, el secreto del crimen es impenetrable, y no hay poder humano que acierte á descubrirlo. Además, el horror público fué la emoción del momento, y pasó como pasa todo. Se ha hablado mucho del crimen; pero ¿quién se acuerda ya de semejante cosa?... Las muchedumbres son siempre las mismas; se parecen á los espejos, en que sólo reflejan la imagen que se les pone delante.

Se encuentra, pues, libre del poder de la justicia humana; la espada de la ley ha brillado un momento en el aire, y ha vuelto á ocultarse, porque no ha tenido sobre quién caer. Y bien; ¿por qué tiembla en el fondo de su alma?... ¿Por qué se estremece en los momentos de su mayor ale-

gría?... ¿Qué sombras pavorosas agitan el sueño dentro de sus ojos dormidos?... Él mismo no lo sabe. Quisiera huir de su memoria, pero su memoria implacable lo sigue y lo acusa. Su crimen parece escrito con tinta eterna en el fondo de su pensamiento; siempre lo tiene delante de los ojos.

El único testigo de su delito es él, testigo inexorable, que no lo abandona ni un momento. No sabe de dónde sale la voz que lo acusa, y es su propia voz; nunca está solo, porque siempre está con él la sombra de su crimen. El mundo ignora que ha sido él el que ha clavado el puñal en el corazón de la víctima; pero lo sabe él, él solo, y él es el testigo que lo señala con el dedo á sus propios ojos.

No, las puertas no estaban bien cerradas, ni las cortinas sigilosamente corridas, porque han presenciado el crimen unos ojos implacables: sus propios ojos.

Dentro de su ser siente otro ser que lo denuncia, lo juzga y lo condena. ¡Ah! No estaba solo al cometer el crimen; estaba allí ese testigo invisible que se apodera de sus sueños para aterrarlo, de sus pensamientos para confundirlo, de su misma voz para acusarlo, de sus mismos ojos para hacerle ver por todas partes la imagen del delito. ¿Cómo evadirse de esta persecución tenaz..., continúa?... ¿Dónde ocultarse á la mi-

rada siempre fija, que no le deja ni un instante de reposo?....

¡Extraño fenómeno psicológico!.... Después de burlar la pobre ley de los hombres y la torpe justicia del mundo, el criminal se encuentra manos á boca con el proceso en su memoria, el testigo en su pensamiento y el juez en su conciencia. ¡Qué terrible crueldad de las cosas!.... Él solo posee el secreto de su crimen, y él solo es el que se persigue, sin que le sea posible huir de sí mismo.

Si hubiese podido cerrar las puertas y correr las cortinas de manera que ni él mismo se hubiese visto, sería el criminal más dichoso del mundo, porque habría conseguido burlar la justicia del cielo y de la tierra; pero he aquí que no puede engañarse á sí mismo; padece la manía de los remordimientos, y se ve perseguido por la conciencia.

¿Es posible que el hombre llegue á tal estado de embrutecimiento, que se apague en su alma toda luz de sentido moral?... Es posible, y hay muchos ejemplos, porque la tendencia que experimenta el mundo moderno es esa, y en tal caso, ya no se trata de un hombre, sino de una bestia; pero mientras conserva un soplo de instinto racional, quiera que no quiera, tendrá que someterse á la ley, no hecha en Cortes ni sancionada por la corona, que le obliga á ser siempre

testigo implacable de sus acciones y de sus pensamientos, para que él mismo sea á la vez su delator y su cómplice.

No sé cómo se puede negar la realidad de este mundo invisible que va con nosotros; la coincidencia de ese tribunal misterioso, fantástico, en el que uno mismo es el reo que confiesa, el testigo que declara, el juez que condena y el verdugo que castiga.

Es indudable que, burladas las leyes humanas, cegada la justicia, extinguidas hasta las más lejanas sospechas, el criminal puede levantar la frente y reclamar todas las consideraciones debidas á los hombres honrados; de puertas afuera, puede llegar á ser hasta un hombre envidiable: los hay; mas ante sus propios ojos, dentro de sí mismos, en la intimidad de sus pensamientos, se levanta la sombra del crimen como un espectro que sale del sepulcro, y, si puedo decirlo así, lo ahoga entre sus brazos.

No le teme ni á la perspicacia de la ley, ni á la eficacia de la justicia; se teme á sí mismo, porque una palabra involuntaria puede descubrirlo, un estremecimiento imprevisto puede delatarlo. Desconfía de su palidez; no sabe cómo sonreirse; si calla, su silencio puede ser sospechoso; si habla, ignora qué indicios podrán despertar sus palabras; una mirada penetrante le hace palidecer; una pregunta inesperada lo hace

temblar. Cree que todo lo que le rodea lo espía. Siente que el crimen, encerrado en el fondo de su conciencia, pugna por romper las ligaduras que lo contienen. Él mismo lo ve asomar en su semblante; conoce que una mano invisible ha estampado el sello del delito en su frente.

Huye de toda intimidación, de toda confianza, de todo abandono; sus padres, sus hermanos, sus hijos, sus amigos, el mundo entero parece que lo rodea para espiarlo. En medio de los placeres de la vida con que intenta aturdirse, no es más que un fugitivo que anda á salto de mata, temiendo á cada momento ser reconocido.

Oye en silencio todos los dictérios que la indignación lanza contra el culpable, y él mismo se ve condenado al trabajo forzado de alzar la voz para execrarse y maldecirse.

¿De qué poder humano viene esta justicia? ¿Qué mano de hombre ha escrito esta ley penal que pesa sobre todos los hombres? Justicia que jamás se equivoca; ley que cae siempre sobre las cabezas culpables.

No es el cuerpo de un hombre encerrado en un presidio, es el pensamiento encerrado en el calabozo de la conciencia; no son los hierros de las cárceles, sino los hierros de los remordimientos; es un alma condenada á cadena perpetua; no es, en fin, la justicia humana; es la justicia divina.

Cerrad bien las puertas, de modo que no podáis ser sorprendidos por la presencia inesperada de algún importuno. Corred bien las cortinas, de modo que corten el paso á las miradas imprudentes de la curiosidad que pretenda espiaros. ¿Y qué? Todo es inútil; allí está el testigo que acusa, el juez que sentencia y el verdugo que castiga.



II.

LA SIMA.

SEGURAMENTE el nombre del pueblo donde ocurrieron los primeros sucesos del caso que voy á referir, daría cierta autenticidad al relato; mas tengo una razón poderosa para omitirlo, y consiste en que no lo recuerdo. Después de todo, la cosa ha podido suceder en cualquier pueblo del mundo. Por otra parte, la credulidad que yo busco en el lector no es esa credulidad forzada, que se obtiene por el poder de los datos y lo irrecusable de los testigos, en que el lector, frente á frente del autor, no tiene más remedio que creerlo ó matarlo. La credulidad que yo necesito ha de ser voluntaria. Si el caso ha podido ocurrir, ¿qué importa que no haya ocurrido?... Ó, más bien, si es verosímil, ¿por qué no ha de ser cierto?

Por los recuerdos locales que conservo, el pue-

blo de que hablo debe encontrarse en la parte meridional de España, cerca de la costa del Mediterráneo, casi á tanta distancia de Cádiz como de Barcelona. Pueblo labrador, que sería muy rico si á la fecundidad natural de la tierra se añadiera el agua del cielo; pero no llueve más que cuando Dios quiere, y Dios quiere muy pocas veces que llueva; de manera que se siembra mucho y se coge poco.

Visto por una parte, parece un pueblo olvidado en el último rincón de España, porque carece de toda especie de policía; pero, apartando esta exterioridad desaseada, se encuentran en las costumbres muchos adelantos propios del siglo. Hay *casino* donde perder el tiempo, y casas de juego donde perder dinero. En cuanto al comercio, vegeta, y la industria no florece.

No es el trabajo la virtud sobresaliente de los pueblos meridionales: la dulzura del clima, la magnificencia del cielo, la espontaneidad de la tierra y la brillantez del sol, hacen creer, sin duda, que se hallan todavía en el paraíso, y se consideran dispensados de ganarse el sustento con el sudor de su frente. En realidad, entre sus necesidades, no se cuenta la de poner una gallina en el puchero, porque la mesa ordinaria de la familia es bastante sobria, y, en punto á las comodidades de la casa, no son demasiado exigentes; pero quíteles V. cierto lujo intempestivo

en los adornos de las mujeres, y las dissipaciones de la holganza en las costumbres de los hombres, y no sabrán qué hacerse de la vida.

El pueblo en que nos encontramos no se distingue por ningún rasgo especial que le dé carácter propio. Su antigüedad se descubre desde el momento en que se distingue la fábrica medio arruinada de una torre morisca que se levanta sobre la cumbre de un monte vecino, y permanece allí como una fecha medio borrada. Á sus pies se agrupan las casas formando un laberinto de calles estrechas, que se retuercen y se cortan entre sí á ojo de buen cubero. Añádase á esto un río muy estrecho, deslizándose cautelosamente por un cauce muy ancho, un puente de piedra y una huerta que se tiende como una alfombra, y se tendrán las líneas generales del paisaje.

Es, pues, un pueblo como otro cualquiera, y atendida su magnitud, bien puede llamarse *población*. Mas, prescindiendo de lo que hay de intransitable en las calles, de lo que tienen de oscuros los escasos faroles del alumbrado, de la poca comodidad de las casas y de la sobriedad de la mesa, es un pueblo, por lo visto, inmejorable, en razón á que á nadie se le ocurre la idea de mejorarlo. Por lo demás, se vive en él bien; á lo menos, los vecinos que lo habitan no lo cambiarían por la ciudad más bella del mundo.

La sociedad que ofrece no se puede decir que

es excesivamente amena; pero en cambio posee un encanto que llega á hacerse irresistible: el encanto de la murmuración. Es posible que se ignoren algunas cosas útiles, que se desdeñen ciertos conocimientos que son indispensables; mas la vida del vecino se sabe de *pe á pa*. Este es un punto acerca del que siempre hay mucha tela cortada. Las conversaciones más corrientes vienen á ser como una *guía de forasteros* abierta por todas sus páginas.

Entre las curiosidades que se le enseñan al viajero que se detiene algunos días, por pura curiosidad ó por mero capricho, la *Sima* es la que más particularmente se le recomienda.

—Y bien (pregunta): ¿qué es la sima?

—La sima (le contestan), es la sima.

Ante semejante respuesta, se ve obligado á convenir en que se trata de alguna cosa extraordinaria, de algún prodigio de la naturaleza, de alguna obra maestra del ingenio humano. Acaso hay allí otra catarata del Niágara, ú otro camino subterráneo por debajo del Támesis. ¡Quién sabe qué rara maravilla puede ocultarse en aquel pueblo que parece olvidado del mundo!

El viajero arquea las cejas, se encoge de hombros, y se deja conducir al sitio del portento. No es mucha la distancia que hay que atravesar, porque aun cuando el pueblo es grande, la sima está á la salida del pueblo. No hay más que bus-

car la gran calle que corta la población de Levante á Poniente, formada por la carretera, seguir la dirección de Poniente, y más allá, en las últimas casas, á la derecha del camino, empieza á ondular el terreno, levantándose en olas que se suceden, encrespándose como un mar de piedra. Entre los cantos rodados y las tierras arrastradas por las lluvias, se descubren las ondulaciones de la roca, poco más ó menos como se descubren los huesos al través de la carne despedazada. Diríase que en algún tiempo aquella superficie fundida había hervido á la acción irresistible de un fuego subterráneo. Allí estaba la sima.

Por esta parte, el aspecto era desolador; pero al otro lado del camino, la naturaleza sonreía, cubriendo la tierra con toda la pompa de la fertilidad: era la vida delante de la muerte.

El viajero se encontraba de repente delante de una caverna abierta en la roca, al parecer por el impulso formidable de una fuerza interior, ni más ni menos que si hubiese reventado como una bomba. La piedra, despedazada por la explosión, presentaba ángulos agudos, que daban á la caverna el aspecto de una boca monstruosa armada de dientes terribles. Esta circunstancia no dejaba de ser curiosa; pero, en verdad, no ofrecía motivo alguno de admiración, porque, al fin y al cabo, la tierra está llena de cavernas.

Por lo común, el viajero intentaba penetrar en el centro oscuro de aquella boca siempre abierta; pero inmediatamente era detenido, pintándose el terror en todos los semblantes.

—El que entra ahí (le decían) no vuelve á ver más la luz del cielo.

Y uno de los circunstantes cogía una piedra, é imponiendo silencio, la dejaba caer dentro de las fauces del monstruo, y la piedra desaparecía en la oscuridad, y todos con oído atento esperaban el choque de la piedra en el fondo de la caverna inútilmente, porque ningún ruido resonaba en aquella profundidad tenebrosa.

Entonces el viajero comprendía que la boca de la caverna tenía también su garganta, que iría á perderse en las entrañas de la tierra, y retrocedía como si el abismo fuese á tragárselo. Este movimiento instintivo de horror constituía el triunfo de los circunstantes.

—¡Eh!... (exclamaban.) ¡Qué tal!... No tiene fin. Las piedras que caen no llegan nunca al fondo, ó es que hay una mano que les sale al paso, las coge, y se las mete en el bolsillo para que no suenen.

Otro añadía:

—Y no es esa la más negra. No hay dentro solamente una mano que se mete las piedras en el bolsillo, sino que además hay una boca que sopla y apaga la luz que entra. Muchas veces

hemos descolgado un farol atado á una cuerda, y nunca pasa de las diez varas. Cuantas veces lo entramos, tantas veces se apaga.

Un sabio hubiera explicado minuciosamente la existencia de la sima y los fenómenos que la hacían tan misteriosa; mas los esfuerzos científicos de este sabio no habrían conseguido despojarla, á los ojos de las gentes sencillas, del prestigio que sobre ellas ejercía.

Habría fijado la fecha de su aparición, las causas físicas que debieron concurrir á su formación; habría calculado su profundidad y hasta descrito los más pequeños accidentes en su curso por las entrañas de la tierra. En una palabra: habría referido la historia de su existencia como si la hubiera leído en los rasgos de las piedras que formaban la boca de la caverna; mas así y todo, aquella sima sin fondo, impenetrable á la luz, habría seguido siendo un pozo misterioso, un abismo lleno de sombras, de espectros y de horrores.

¿Y qué? ¿No hay allí ojos que han visto salir de la sima fantasmas, unas veces blancos, otras veces negros? ¿No hay oídos que han escuchado, llenos de terror, lamentos y sollozos, ruidos de cadenas, aullidos y carcajadas? ¡La ciencia!... Bueno; sí, señor; los hombres saben mucho, mucho; pero, vamos, no lo saben todo: la sima es la sima, oscura como boca de lobo, y profunda como abismo sin fondo.

El lugar en que la naturaleza, en un momento de desesperación, había abierto este pavoroso respiradero, no era el más á propósito para pasear de día, y por lo que hace de noche, no se atrevía á pasar por allí ni el más pintado, porque precisamente de noche era cuando solían salir los fantasmas, y cuando resonaban allá en lo profundo lamentos y sollozos, ruido de cadenas, aullidos y carcajadas.

Aquella boca muda, y aun sorda, podía ser muy bien el camino espantoso de un mundo desconocido.

¡Ah!... La sima.... era la sima.



III.

TRES PERSONAJES.

ROSALÍA Guillén y Guillén de Guillén, de quien probablemente no habréis oído hablar nunca, era, sin embargo, en el pueblo que acabamos de bosquejar, lo que el mundo llama una persona visible. No hace de esto muchos años. Gozaba en aquel vecindario la familia de los Guillenes de gran importancia, tanto por su antigüedad como por su origen. Hubo, en tiempo de la Reconquista, un Guillén famoso por sus hazañas, que supo conquistar el corazón de una hermosa Zayda, hija del alcaide moro de una fortaleza fronteriza. Esta Zayda abandonó una noche la fortaleza de su padre, y Guillén, que la esperaba al pie de la muralla, la montó gallardamente en las ancas de su caballo, y volvió con ella á su pueblo, llevándola en triunfo. Zayda, que había abandonado la casa de su padre, olvidó también al Profeta, y se hi-

zo cristiana. Guillén quiso borrar en ella todo vestigio morisco, y al bautizarla le dió por nombre María, añadiéndole su propio apellido; y he aquí como un Guillén y una Guillén, unidos por el sagrado vínculo del matrimonio, dieron principio á la gran familia de los Guillenes.

Sin embargo, lo ilustre de este abolengo no era precisamente lo que daba á Rosalía la importancia de que gozaba en el pueblo, porque, bien averiguada la genealogía de la población, apenas se encontraría familia que no procediese de mora y cristiano, ó vice versa. Su importancia era algo más positiva, y consistía en un buen patrimonio, compuesto de las fincas más productivas de la comarca, olivares, viñedos, rebaños, molinos y casas, y un gran torreón de fábrica robusta, que se levantaba en medio de la huerta como un centinela avanzado, que conserva todavía el nombre tradicional de Torre de los Guillenes. Y no era esto sólo, sino que además debía poseer mucho dinero en oro de buena ley, y, según la voz general, en onzas de Carlos III. Era, pues, Rosalía lo que se llama una ricachona, capaz de enterrar á todo el pueblo en pesos duros.

No había recibido de sus padres, por herencia directa, tan cuantiosos bienes de fortuna, porque ellos, en resumen, no pudieron dejarle más que la Torre de los Guillenes con sus tierras de labor, dos olivares en la Cruz Alta, un viñedo

al otro lado de la rambla, y el molino de la Ribera, y esto por ser hija única, con lo cual no habría pasado de ser en el pueblo una de tantas. Mas un día apareció allí otro Guillén, llovido del cielo, individuo de la misma familia, que venía de América con setenta años á la cola y muchísimos pesos duros mejicanos.

Rosalía se hallaba, si no precisamente en la flor de su edad, á lo menos en esos veinticinco años que en muchas mujeres valen más que los quince abriles tan cacareados; y en cuanto á su belleza, poseía, por herencia sucesiva de su progenitora Zayda, dos ojos más negros que la noche, dispuestos á pegarle fuego á un castillo de pólvora, y una boca cuajada de perlas, con dos labios como dos cerezas, que decían comedme.

Claro está que le hacían la rueda todos los pavos del pueblo, porque entonces todavía no estaban en moda los pollos; pero ella se reía como una tonta, y no daba su brazo á torcer. No le petaba, por lo visto, ninguno de sus pretendientes, y hoy uno, mañana otro, todos iban quedando con un palmo de narices. Hasta un Guillén, primo suyo, de quien más adelante hablaremos, se llevó sus correspondientes calabazas. Mas cate V. que aparece el tío americano, y, quieras que no quieras, empieza á hacersele agua la boca con la sobrina, y como no tenía mucho tiempo que perder, habló claro, y, ¡qué

demonio de mujeres!... Rosalía lo recibió con los brazos abiertos, se hizo el matrimonio, y santas Pascuas.

Los antiguos pretendientes de la recién casada echaron sus cuentas, y acudieron de nuevo, como las moscas á la miel, y dale que dale, cada uno en sus trece, no dejaban la ida por la venida, mientras que Rosalía seguía riéndose de ellos á carcajada tendida, hasta que se cansaron de machacar en hierro frío; porque, estaba visto, ninguno conseguía llevar el gato al agua. La murmuración no tuvo en qué clavar el diente, y se mordió la lengua, dándose un punto en la boca.

Á los diez años de matrimonio, el viejo americano empezó á comprender que había vivido bastante, y al fin dobló la cabeza y quedó muerto. No podía la viuda decir que se había malogrado su marido, lo cual no le impidió consagrar á su memoria un dolor verdadero y un luto riguroso.

Á los treinta y seis años se encontró huérfana y viuda, dueña de cuantiosos bienes, porque el americano había hecho de ella su única y universal heredera, y Guillén á todas pasadas, pues era Guillén por su padre, Guillén por su madre y Guillén por su marido. Si puede decirse así, era Guillén por los cinco costados, cinco veces Guillén y dos veces rica: era cuanto se podía ser

en aquel pueblo. Por lo demás, conservaba vivos y frescos los rasgos característicos de su belleza, y aunque sus formas se habían abultado algo, porque los años no caen nunca en saco roto, todavía se hallaba en situación de sorberle el seso á cualquiera.

Es verdad que parecía algo poseída de su buena suerte, y que hacía cierto alarde de su bienestar, y, lo que es más, que, á título de su alcurnia, de su riqueza y de su viudez, se creía dispensada de algunos pormenores y formalidades á que parecemos obligados en el trato común de las gentes, como si el mundo en que vivía le importara tres pitos. ¿Y bien?... Las envidiosas le cortaban muy buenos sayos; la llamaban estrambótica, orgullosa, salvaje.... Á todo lo cual hacía ella la vista gorda; tal vez complacida en ser en ese punto el platillo de las conversaciones. Esto era por arriba, porque por abajo, aunque también se hacían lenguas de ella, era para ponerla en los cuernos de la luna. ¡Ya se ve! Había pocas manos en el pueblo tan generosas como las suyas.

Rica, viuda y joven, á pesar de sus treinta y seis años, era una tentación de todos los demonios para los que se consideraban con títulos suficientes á contraer matrimonios ventajosos. Así es que los pretendientes volvieron á las andadas, pensando cada uno que á la tercera va la

vencida.... Cuentas galanas, porque daban en piedra.

Entre los aspirantes á la mano de Rosalía, su primo parecía ser el rival más temible. Ante todo era un Guillén; más aún, era el último de los Guillenes. De aquella familia tan antigua, no quedaban más que dos vástagos: los dos primos. El primo tenía dos años menos, y si Rosalía se obstinaba en morir sin sucesión, él vendría á ser su inmediato, su único heredero. Un matrimonio entre estos dos restos de los Guillenes, y todo quedaba en casa. Mas el hombre propone y la mujer dispone, y, tuerto ó derecho, á la prima no le pasaba el primo de los dientes adentro. ¿Por qué?... ¡Vaya V. á averiguarlo! Acaso ella misma lo ignoraba.

El último de los Guillenes se encogía de hombros, y dejaba correr la bola. No era un potentado para mirar con indiferencia los bienes raíces de su prima, ni las onzas de Carlos III que debían formar el soberbio *gato* de la viuda, que, según la voz pública, debía tenerlas á espuestas, como estrellas el cielo. Mas, después de todo, él iba trampeando con sus cuatro terrones, y tira de aquí, tira de allí, su duro era el que más sonaba en el casino, su camisa la más limpia, la cadena de su reloj la más pesada, y los embozos de su capa los de más vivos colores. Se daba vida de príncipe en lo que cabía, y se

hallaba resuelto á vivir más que Matusalén, en razón á que, ¿quién diablos se muere teniendo á la vista la risueña perspectiva de una buena herencia?

Es verdad que la prima podía hacerle la jugadita de casarse con otro; pero ese otro era preciso que naciese, porque de los presentes no había uno que pudiera levantar el dedo. También podía la viuda hacer de su capa un sayo, legando sus bienes á ojo de buen cubero, dejándolo al fin y al cabo á la luna de Valencia.... Era posible, mas no probable, porque su misma prima le decía algunas veces:

—Mira, Raimundo; todo esto que me cuesta tantas envidias y tantas murmuraciones, será al fin tuyo. Eres un Guillén, y te pertenece á mi muerte; serás dueño de todo: lo único que me reservo en el testamento es mi mano.

Con esta seguridad, el primo podía dormir á pierna suelta. La herencia podría prolongarse algunos años, no muchos, porque nadie es eterno en este mundo, y las mujeres son así; se mueren de cualquier cosa. Una viuda, sin hijos, rica, y que no quiere casarse, no le queda ya que hacer más que morir.

Así estaban las cosas, cuando la diligencia que iba y venía á la ciudad inmediata corriendo á hora por legua, se descolgó una noche con un pasajero, cuyo equipaje estaba reducido á una

pequeña maleta y una gran cartera, que el mismo viajero llevaba á la mano. Apenas se detuvo el coche, el viajero se apeó de un salto, cargado con su maleta y su cartera, y encontró en el mismo parador de la diligencia el hospedaje que buscaba.

Al través del cuello de pieles que cubría su rostro se distinguían unas mejillas pálidas y unos ojos pardos, animados por miradas inteligentes. Por debajo de la gorra de viaje asomaban abundantes rizos castaños naturalmente ensortijados. Á pesar de la sencillez y abandono de su vestido, la figura del viajero descubría ciertos rasgos elegantes que la ennoblecían. Había distinción en sus modales, dulzura en su voz, y algo de pronunciación extranjera en sus palabras.

La gran puerta del edificio en que la diligencia acababa de parar tenía, sobre el arco rebajado que la cerraba, un rótulo enorme, escrito en la pared con tinta negra, que decía: *Parador, Posada y Fonda*.

El viajero, por lo visto, pensaba detenerse en el pueblo, á lo menos aquella noche, y pidió un cuarto. Y un mozo de semblante estúpido, alumbrándole con un farol grasiento y empolvado, lo condujo á un largo corredor, después de hacerle subir una escalera de anchos peldaños, que casi ocupaba la mitad de la casa. El corredor estaba decorado por una sucesión de puertas

numeradas, y en una de ellas, en el número 3, se detuvieron. Bastó empujar con el pie para que la puerta se abriese, y el viajero se encontró en un cuarto de paredes desconchadas, con cuatro sillas primitivas, una mesa de pino y una cama compuesta de dos banquillos, cuatro tablas, un colchón y una manta.

No era excesivo el *comfort* que ofrecía el cuarto número 3 de la fonda; pero el viajero no pareció que reparaba en ello. Tal vez no estaba acostumbrado á más lujo, ó era bastante filósofo para mirar con indiferencia esos pormenores de la vida. Ello es que entró como hubiera podido entrar en su casa, arrojó la pequeña maleta en un rincón del cuarto, y colocó cuidadosamente la cartera sobre la mesa.

El mozo le dejó una vela encendida, mal calzada en un candelero de cristal más verde que dorado, vela que positivamente no había sido nunca de cera, y era muy dudoso que fuese de esperma. Por lo demás, no merecía, propiamente hablando, el nombre de vela, porque, restada toda la parte consumida, no pasaba de ser un cabo.

Salió el mozo del cuarto, guiñándose los ojos todo lo más estúpidamente que le fué posible, y al lanzarse escalera abajo, iba diciendo:

— ¡Hum, hum!... Es *franchute*.

